

Capítulo N° 8

Aquí no pasó nada

Luego de retirarse las ambulancias con cinco bolsas de plástico cerrado, negros, idénticas a las de consorcio de residuos, iguales a la de los edificios bonitos. De esos que tira abundante comida y en buen estado, que los ricos compran de más y desperdician. Cantidades que alimentarían a cinco personas y que hasta consideran ni siquiera digna para sus mascotas. Mercadería muy apreciada para los que revuelven la basura buscando algo para comer, y son los pibes sentados en los cordones de las veredas saboreando los restos del yogurt que retiran con el dedo índice.

Así, como esas bolsas grandes de basura inmundada iban los restos de sus cuatro hijos y su esposa. El valor de mugre y pobres... sólo simple desperdicio.

—Es que la garrafa no alcanza para cocinar y calentar el rancho... sollozaba agitado y sin consuelo ni poder respirar. —Y calentar el rancho cuesta mucho, por eso el brasero... Y continuaba con su llanto entrecortado.

Un par de policías y bomberos intentaban consolar lo inconsolable.

En eso aparece uno de los punteros. —Pero che, la puta madre. Le dije al Toti que me pidiera garrafas. Si sabe que yo se las daba gratis, pero que boludo...

Los curiosos macabros de siempre se dieron vuelta, lo observaron y no le contestaron, excepto uno tipo marcado en su rostro por las huellas de años y tristeza.

—¿Sabe lo que pasa jefe? —Le contesto el vecino—. Que pasaron las redes de gas por las dos primeras manzanas nomá, a los del fondo ni agua va vite...

El tipo se dio vuelta y se fue callado, sabía que si decía algo la cosa se pondría fea. En cambio, sí se retiraba calladito en un par de semanas todo estaría olvidando y lo volverían a votar.

A los dos días la Moni ya estaba trabajando cocinando sus rosquitas, churros y bolitas de fraile rellenas para vender sobre la avenida. Con una manga improvisada y un pico construido por Carlos inyectaba lo que podía de dulce de leche y crema pastelera.

Continuaba con sus tareas como en una apacible apariencia continuaba con sus quehaceres, solo que no hablaba. Había cambiado su actitud, estaba más callada y sombría. Sabía perfectamente que si hacía la denuncia su madre se pondría en contra, diría que era todo mentira, que no fue violación, aparecerían los medios regocijándose con la miseria y la vergüenza, y la Moni no era de esas. Por otro lado, no quería pasar por brevisación médica y tener que hablar con peritos, jueces, abogados, y policías.

Había visto muchas vejaciones en el barrio y la mayoría quedaban en la nada, pese a los cambios de leyes y la gran publicidad contra abusos de todo tipo, los códigos de ciertos barrios están al margen de nuevas leyes y mejoras en la calidad de vida. Ella tenía un sólo aliado, su hermanastro Carlos, era consiente que hasta el Brayan flaquearía como testigo, además no lo quería involucrar por ser menor de edad. Aunque lo peor que ella tenía era su madre, era capaz de cualquier cosa si hacía una denuncia, hasta de matarla si involucraba a su hijo mayor. Había tomado la determinación de irse. ¿Pero a dónde? ¿Y cómo?

Ante ciertas situaciones y entornos llega un momento que se obnubila el pensamiento, se bloquean las decisiones y se siente como en una pesadilla de la cual no se puede despertar. Por otro lado, estaba su hermanita, debía sacarla de esa casa, pero la madre la tenía como trofeo, como arma para solicitar planes y amenazar como lo había hecho más de una vez.

—¡A ver si abren las ventanas que aquí hay un olor a fritanga, la puta madre! Y esa voquetene olor a cocha sucia de mierda. —La madre.

Ninguneando como siempre, como si nunca hubiera pasado nada y el Brayan por otro lado ya casi se había olvidado, él se decía, “si a ella no le importa... si está cocinando...”

El hermanastro había desaparecido como era habitual en él, pero seguía en contacto con El Chungo.

Carlos, sin decir nada, estaba buscando un alquiler lejos, por la ruta hacia las afueras del conurbano bonaerense. Donde casi no hubiera vecinos, una casa chiquita con terreno para poder hacer una quintita y tener un par de gallinas se decía.

En eso entre su vecina Sara otra vez con comida, se queda mirando a Moni, dejó la bandeja sobre la mesa, saludó y con una seña le indica que vaya hasta su casa.

Al rato, sale luego de terminar de fritar. Una vez en la casa de Sara la estaban esperando el curita Tito y el hijo mayor de Sara, Roberto el abogado.

Mientras tanto el Brayan había salido hasta la avenida a comprar a la verdulería de Margarita la boliviana que tanto su madre despreciaba y que ella tanta mercadería le regalaba. Es cuando ve a su Dulcinea caminar hacia la casa del abuelo, ella que también lo vio esperó que el hiciera algo, pero él se hizo el que no la vio, bajó su gorra, se subió la capucha del buso y bajó la cabeza como era su costumbre. Dalma tomó la determinación y cruzó volando la avenida yendo a su encuentro.

—Hola. —Y le da un beso con el barbijo puesto, él no lo llevaba.

Él se quedó tieso

—¿Quehace che...?

La prece te está buscando. Dame de nuevo tu celu que a mí se me rompió y perdí los contactos. —Dalma.

Él se lo pasa inmediatamente.

—¿Y... hay mucha tarea...? —Él.

—Sí, hoy te pongo en el grupo. —Ella.

—Naaaa, ni da.....

En eso se escucha un rugido

—¡Dalmaaaaaaaa.....! ¿Qué haces ahí? Ya vení para acá.

Era el abuelo desde el balcón.

—Chau, me voy que me están llamado. —Se estiró y le dio un beso en la mejilla.

—Chau. —Él se quedó mirándola cómo cruzaba la calle.

Dalma llega a la puerta y le abre la abuela.

Sin siquiera darle un beso la señora italiana morocha de unos ochenta años le grita

—¡Ma qué hacía con ese pibe, usted! ¿Cuántas veces le dijimos que ni cruce la avenida. ¿No ve usted que eso negrito son peligrosos...?

—¿¡Negritos! —Interrumpiendo el abuelo mientras bajaba por las escaleras—. Negros de mierda, son todos chorros, delincuentes, son la ruina de este barrio y del país, culpa del peronismo que los dejó entrar. No te das cuenta que violan, te matan como si nada. No te queremos ver más con esa gente, si no nos hacés caso le voy a decir a tus padres que no te dejen venir más.

Brayan le compró unas verduras a Margarita y volvió a su casa, en eso ve una ambulancia en su pasillo, corrió, pensó en las hermanas. Pero no, era que se llevaban a Pablo, había fallecido solo en la puerta de la casa. Otro que se iba envuelto en plástico cerrado herméticamente ya que no se sabía si tenía Covid.

En ese instante, a metros, estaban Tito, Roberto y Sara intentando convencer a Mónica de que hiciera la denuncia. Tito le ofrece llevarla a un hogar con otras chicas que vivieron esa trágica experiencia, pero Mónica no acepta por su hermanita.

—Brayan se había quedado sentado en el cordón de la vereda justo en la puerta de su pasillo, en eso le gritan su nombre.

—¡Brayan! —Era su profesor de educación física, Walter de la primaria.

—¿Quehacé profe?

—No estás haciendo los trabajos. —El Profesor.

—¿Y cómo sabé vo si no voy ma al fondo?

—Porque también soy profe en la secundaria, y te ubiqué en la lista y nunca apareciste en el grupo de whatsapp.

—Ya fue pro...

—No, no fue nada, la secundaria es obligatoria, así que ponete las pilas Brayan. Dejate de joder, que no andás con buena gente.

—¿Qué sabé vo, gato...?

—A mí no me hablés así pendejo. —Se le acercó, puso nariz con nariz a dos centímetros y le habló en voz baja.

—Mirá pendejo, vos no sabes de dónde vengo. Si vos sos guapo, yo soy el doble. Mañana a las ocho de la mañana te quiero en zoom, saltando como una langosta. ¿Me entendiste? Si no te voy a buscar a tu casa y les hago una denuncia.

Brayan quedo desconcertado, no sabía si mandarlo a la mierda, si intentar trompearlo o hacerse el boludo, todos esos sentimientos pasaban por su cabeza. Hizo lo que le salió.

—Bueno pro, no te calenté che, mañana estoy con ese *sun*, chau. —Y se fue para dentro del pasillo.

A todo esto Mónica sentada en una de las sillas ocultándose de la ventana para que no la vieran desde afuera, continuaban todos en la cocina alrededor de ella. Intentaba disimular y mantener una actitud correcta pero no lo pudo evitar, en un momento se derrumbó ante la insistencia de todos, se echó a llorar, quería controlarse pero no podía. Sara la abrazaba más lloraba.

En un momento Roberto advirtió.

—Tenemos que tener cuidado mamá. Por vos, los chicos y papá, esto se va a poner duro, pero yo me encargo de esto. Tito ¿Vos te podés encargar de llevarla a algún lugar?

—Sí, dejalo por mi cuenta. —El cura.

—No, mi hermanita —Mónica.

—Tranquila, vamos a encargarnos de todo. —Roberto.

Esa noche Brayan salió otra vez a cartonear con el tío, cuando estaban llegando a uno de los puentes del cruce de la gran autopista vieron desde unos cincuenta metros que un grupo de gente se iba acercando. Al llegar se detuvieron y bajaron del carro.

—Nooooooo...Caqui. —El tío.

—¿Quién e? —Brayan desde arriba del carro.

El tío se acercó y tomó las manos de un tipo que estaba acostado entre trapos y frazadas en el suelo cubierto por cartones.

—Llamen una ambulancia. —El tío.

—Ya llamamos. —Contesta una señora que vivía a una cuadra, y agrega—. ¿Usted lo conoce?

—Es mi amigo... —El tío.

No había terminado de decir la frase que aparece la ambulancia, baja el médico de unos veinticinco años, y un enfermero de unos cincuenta años.

—A ver, hagan espacio por favor. —El médico emanando zabulliría.

El enfermero lo ausculta y con un gesto mira al médico diciéndole “no”. El médico se pone los guantes y con asco toca al linyera.

—Este tipo está muerto desde hace unas cinco horas...

El tío se quedó quieto, al rato vino otra ambulancia y se llevaron el cuerpo tieso y frío. La policía ya en lugar preguntó en vano si tenía algún familiar, el tío ni mencionó que era su amigo, total ya no había nada que hacer. Y no quería andar perdiendo el tiempo declarando.

Al rato mientras caminaban por la negra, fría y desolada noche sin palabras para decir el Brayan casi en una reflexión murmuró.

—Pero che. ¿Quién era el croto ese? Ya fue tío...

—Era un amigo, vivía en la calle.

—¿Qué amigo? Noseá boludo. El muerto ese ni da...

—¡Pará Brayan, cortala, ¿Qué so vo tan poronga eh?

—Pará loco. ¿Qué te pasa? Ni cavida amí no me hablé así.

—Vos sos Brayan. El tío.

—¿Pero quién so vo? Ya te saque a vo. Vo te hacé el capacha y so re gede. —Brayan.

—Cortala Brayan.

Siguieron sin dirigirse la palabra, mientras el frío congelaba los huesos. De vez en cuando un mate, cada uno con el suyo, ya que el tío le había prohibido compartir el mate como lo había hecho siempre. Del hocico del viejo saño brotaba vapor cuando se escucha un ruido a rasgado, el carro se inclina y cae de costado.

—Pero la puta madre. —El tío—. La rueda se había salido del eje y al inclinarse el carro todos los cartones y botellas salieron desparramados por la calle.

Se bajaron, el tío a levantar el carro mientras Brayan acomodaba la rueda, la ataron con un poco de alambre de fardo, volvieron a acomodar todo e hicieron unos cien metros y volvió a salirse, y otra vez todo al suelo.

El tío baja pacientemente y vuelve a levantar el carro.

—Dale Brayan, ponela, dale apurate que e pesado esto.

Brayan lo miraba desde lejos, desde unos cinco metros, con cara de asco y burlona.

—Ni da loco...

—Dale bolu... —Rogando el tío.

—Na, chau. Tomatelá vo y tu carro. —Y se fue caminado perdido ente el frío de la noche.

A las dos horas llegó a su villa, estaba por entrar a su pasillo cuando vió que entraba con el Peugeot el Chungo, le hizo seña y lo paró. Venía con la Tere y otra chica atrás.

—jajajaja ¿Qué te pasa pendejo? No ve que estoy con las chicas. —Las dos totalmente drogadas y alcoholizadas.

—Quiero laburo completo con vo. —Brayan.

—Vamoavé mañana basura... El Chungo lo miró, volvió a reir y salió arando con el auto hacia el fondo.

Fin.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ
Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.